

PÓRTICO

Merced a una confluencia de oportunidades e intereses de muy variada procedencia, las investigaciones consagradas al estudio de la mujer en las culturas del Occidente medieval y renacentista han ido revelando un territorio inédito hasta hace relativamente bien poco tiempo que ha logrado conquistar un merecido espacio —aunque todavía modesto, a mi juicio— en el ámbito académico. Así lo confirmarían abundantes monografías de extraordinaria valía y artículos en prestigiosas publicaciones periódicas, novedosas asinaturas en algunos programas universitarios y notables simposios celebrados a ambas orillas del Atlántico. Se trata de una labor de enorme relevancia por muy diversas razones, entre las que no cabe rechazar ni desdeñar su importancia para iluminar algunas esferas de nuestro presente.

A estas alturas, parece poco sospechoso —e incluso baladí— aceptar la hipótesis según la cual el Medioevo constituye un difuso marco histórico durante el que se fueron moldeando los primeros odres cristianos en donde se vertiría el caldo de cultivo que ha consolidado la función marginal de las mujeres en las sociedades occidentales a partir de un caudal de *discursos* (religiosos, políticos, jurídicos, económicos y, por supuesto, literarios) que han seguido fluyendo a lo largo de los siglos posteriores. Por razones obvias, también, pocos espacios de análisis y reflexión como éste han logrado unir voluntades y levantar suspicacias de toda suerte, a propósito de sus límites y de sus proyecciones ulteriores.

Hija de la feliz confluencia, cuando no mestizaje, de la historiografía de las mentalidades y de los estudios feministas, la

«Historia de las mujeres» ha ido acrecentando su presencia pública durante las últimas décadas. Más y menos disfrazada o guerrillera, alumbrada en ocasiones por los resultados de las investigaciones sobre, por ejemplo, la familia, el matrimonio y la sexualidad, disponemos ya de un creciente número de ediciones e investigaciones en torno a la realidad y a la imagen de las mujeres como sujetos y como objetos en su entorno social y cultural. Lo mismo puede afirmarse de los estudios lesbianos y de género (*gender studies*) o de la teoría *queer*, si bien con calados diversos, consecuencia lógica de la diversidad de los marcos cronológicos y geográficos que los han ido estimulando.

Por supuesto, este planteamiento ha resultado fructífero como consecuencia de la renovación inherente al *descubrimiento* de unos temas, de unas perspectivas y, sobre todo, de unas metodologías que ha debido responder interrogantes hasta hace poco *inexistentes*, pues no se trataba solo de evidenciar una presencia sino de desentrañar sus especificidades. Ni podemos equipararla frívolamente a categorías extrañas, ni añadirla sin más a los datos reconocidos, sino constatar el papel desempeñado en la construcción de cada dinámica histórica. Y es que desentrañar el significado del silencio y de la condena, por ejemplo, o comprobar cómo los silencios y las condenas se trasvasaron hacia una gama de experiencias poco o nada apreciadas serían, entre otras, las tareas primordiales de estas corrientes metodológicas.

Este libro ha nacido en este contexto y es deudor, en primer término, de mi interés por acotar algunas parcelas significativas en torno a la configuración de las mujeres como sujetos y como objetos literarios en las culturas hispánicas medievales y renacentistas, territorios estos que siguen antojándoseme un emplazamiento excepcional para comprender los quiebro y requiebro femeninos en nuestra cultura letrada posterior. Una cultura, como sabemos, profundamente misógina, en la que si bien las mujeres acostumbraron a interpretar papeles secundarios, también alcanzaron cierto protagonismo en esa estrecha playa ajena a las mareas del canon, presente y pasado. Implícitamente, este libro, por consiguiente, se concentra —y se deleita— en los márgenes de una tradición. Pero también, al tiempo, estas páginas potencian revisiones de esas marginalidades con el propósito de arrojar nuevas luces sobre los

territorios centrales, pues entienden unas y otros como vasos ampliamente comunicantes y estrechamente vinculados.

Las herramientas con las que opero son muy sencillas: la lectura y la relectura atentas de las mejores contribuciones vetustas y recientes, tanto de las estupendas ediciones disponibles como de la floreciente bibliografía secundaria (y dentro de esta última, tanto de los trabajos más ortodoxos en su filiación académica como de las aportaciones más heterodoxas de los últimos años) que, a mi entender, son las mejores guías y acompañantes para ejercitar estos ensayos de reflexión histórica y, ante todo, literaria. He dividido el contenido en tres secciones con un ánimo ciertamente descriptivo: «Sujetos esquivos», «Objetos de escarnio» y «Teoría práctica». Pero a nadie se le escapará al final del recorrido, con toda la razón, que estas piezas de desigual extensión se interrelacionan por muchos más motivos que los estrictamente temáticos y que conviene entrelazarlas para hilvanar los flecos y coser los hilos del tapiz al que aludía.

Algunos de los trabajos que alberga este volumen vieron ya la luz parcialmente en diversas publicaciones periódicas, aunque hayan sido ahora oportunamente revisados: *Revista de Poética Medieval* (vol. 1, 1997), *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia* (vol. 19, 1998), *Revista de Literatura Medieval* (vol. 10, 1998, y vol. 12, 2000), *Estudis Romànics* (vol. 22, 2000) y *La corónica* (vol. 32, 2003), a cuyos responsables debo agradecer su interés; lo mismo vale para los volúmenes titulados *Belleza escrita en femenino* (eds. Àngels Carabí y Marta Segarra, Universitat de Barcelona, 1998), *Literatura de caballerías y orígenes de la novela* (ed. Rafael Beltrán, Publicacions de la Universitat de València, 1998), mi monografía *El gran libro de las brujas* (RBA-Integral, Barcelona, 2004) y la bibliografía *Women in Medieval Iberia* (University of Oregon Press – Society for Medieval Feminist Scholarship, Eugene, 2002). Muchas páginas, sin embargo, son inéditas y no pocas incorporan reflexiones que nacieron en mis cursos de la Escuela Graduada de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico-Río Piedras (agradezco a Juan G. Gelpí, como director entonces, su inestimable apoyo y a mis alumnos puertorriqueños su entusiasmo).

También abundan las páginas que fueron gestadas gracias a la estimulante generosidad de maestros, colegas y amigos que me invitaron a compartir mis pesquisas con ellas y ellos mismos y con

sus estudiantes; de ahí, sin duda, parte del talante y del tono que las definen. Es por este motivo que, en segunda instancia, este libro es deudor de todos ellos y por ello conviene citarles: Rafael Beltrán y Marta Haro (Universidad de Valencia), Montserrat Cabré (Universidad de Cantabria), Germà Colón y Tomàs Martínez (Universidad Jaume I), Francisco Fernández Buey (Universidad Pompeu Fabra), María Jesús Lacarra (Universidad de Zaragoza), Victor Millet (Universidad de Santiago de Compostela), Meri Torras e Isabel Clúa (Universidad Autónoma de Barcelona) y, sobre todo, Marta Segarra (Universidad de Barcelona), quien desde el *Centre Dona i Literatura* —junto a Cristina Alsina, Rodrigo Andrés, Àngels Carabí, Annalisa Mirizio o Meritxell Simó— ha impulsado casi y sin duda logrado que ésta sea una de mis líneas de investigación favoritas. A todos van dedicados, de manera tan inexcusable como placentera, sus modestos logros, si alguno.

Universitat de Lleida, junio de 2007